

La fase terminal de la familia en el modelo del ciclo vital

Mario Hernán Quiroz Neira

(in memoriam)

Presentación

Es sabido que el funcionamiento de la Familia se sucede por medio de una secuencia de etapas con relación de sentido y continuidad. Así como el individuo nace, se desarrolla y muere, las familias se forman y se desarrollan. En este contexto se ha descrito un Ciclo Vital Familiar que se inicia con la formación de la pareja y que termina con la muerte de ambos miembros de la pareja.

Las sucesivas etapas por las que atraviesa habitualmente una familia, ofrecen numerosos momentos en los cuales pueden aparecer tensión y conflicto entre sus miembros. Lo anterior está dado por tres procesos: el concepto de etapa del desarrollo, el concepto de tareas del desarrollo y por el concepto de crisis, que se suceden a lo largo del Ciclo de Vida Familiar.

El Modelo del Ciclo de Vida Familiar se formuló por primera vez en la Sociología de la Familia. En 1948, Reuben Hill y Evelyn Duvall, comenzaron a conceptualizar los temas de desarrollo de la familia. En 1957, Duvall (1967) dividió el Ciclo de Vida Familiar en ocho etapas organizadas en torno de hechos Nodales de Salidas y Entradas. Hill destacó la conexión intergeneracional del ciclo vital de, por lo menos, tres generaciones (Hill, 1964, 1970).

MARIO HERNÁN QUIROZ NEIRA

Diplomado en Psicoterapia en Gestalt Integrativa. Candidato a Master en Trabajo Social y Políticas Sociales. En 1997, cuando entregó este artículo para **FRONTERAS**, era Profesor Asistente del Departamento de Servicio Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Concepción, Chile.

Desde entonces, el Ciclo de Vida Familiar ha sido elaborado por varios autores, los cuales han descrito una secuencia de etapas que podríamos denominar típicas, para familias clásicamente constituidas. Cada etapa del Ciclo de Vida de la Familia es caracterizado por un grado expectable de crisis por la convergencia de los procesos bio-psico-sociales que generan tareas familiares específicas para cada fase, las que deben ser confrontadas, entendidas y realizadas. Para su estudio, he recopilado las formulaciones hechas por Clemencia Sarquis Y. (1993), Sonya Rhodes (1977), Paulina Elsner V. y cols. (1988), Lily Pincus y Christopher Dare (1978), Evelyn M. Duvall (1977), Ramón Florenzano (1986), y Salvador Minuchin (1985).

Desde los primeros años de la década del setenta, casi todos los terapeutas de la familia han presentado mucha atención a este concepto, como marco para el diagnóstico y la planificación del tratamiento.

Clásicamente, el Ciclo Familiar ha sido descrito en las siguientes fases, con algunas variaciones de un autor a otro: Formación de la Pareja y Comienzo de la Familia, Etapa de Crianza Inicial de los Hijos, Familia con Hijos preescolares, Familias con Hijos escolares, Familia con Hijos adolescentes y Familias en Etapa Media y Terminal de la Vida. En la práctica, es fácil observar como estas fases se superponen unas con otras, así como también es posible encontrar familias que no evolucionan en la dirección que el modelo predice.

Sobre la última fase del Ciclo Vital Familiar, existen igual diversidad de formulaciones, existiendo también diferencias en su denominación y tipificación. Un análisis de

las proposiciones hechas, permite encontrar que la mayoría de ellas caracteriza la fase con el Síndrome del Nido Vacío, y la asocia con una serie de problemas y dificultades, olvidándose que también el período presenta posibilidades de enriquecimiento personal.

En este sentido, la propuesta pretende, por último, desmitificar el Modelo Médico que caracteriza esta fase de la Familia, con el neologismo "viejismo", que corresponde al conjunto de creencias, largamente difundidas, que entienden a la vejez como un proceso de intensa decadencia, tanto a nivel físico como psíquico.

Estimo que la Fase Terminal de la Familia en el Modelo del Ciclo Vital, podría quedar caracterizado por los siguientes procesos: el Síndrome del Nido Vacío, el Sentimiento de Pérdida, Separación y Muerte, el Sentido de Finitud, la Desesperación y la Inutilidad, la Incapacidad como síntoma, la Integridad del Yo, la Abuelidad y la Percepción de la Vida como los Años Dorados.

1. El nido vacío

La partida de la casa del primer hijo pone a la familia en una posición que ha sido descrita como "plataforma de despegue". Es así como, cuando los hijos se van, la familia se convierte en un "Nido Vacío", por recurrir a una denominación metafórica.

En la penúltima fase, ya la familia comienza a vivir cambios significativos; siendo uno de los más importantes aquel relacionado con la constitución del núcleo familiar. Éste, salvo que la pareja se haya separado, se ha mantenido hasta este momento como una unidad, y los miembros pertenecientes a la familia han sido una constante. En cuanto los hijos comienzan a alejarse del hogar se produce el desmembramiento, y la familia se transforma en un centro del cual los hijos inician el despegue. Dice Elsner(1) que este suceso, que se repite una y otra vez, hasta que el último hijo parte, puede producir tensión en las relaciones familiares y puede amenazar la supervivencia de núcleo familiar.

Según el doctor Ramón Florenzano,(2) el "Síndrome del Nido Vacío", afecta especialmente a mujeres cuya vida se centró exclu-

sivamente en la crianza de los hijos, o bien a parejas que no desarrollaron áreas de interés común más allá de velas por el crecimiento de su progenie. Además, plantea que cuando no se ha desarrollado un mundo en común, más allá de los hijos o de la vida sexual, aparecen separaciones tardías que llevan a situaciones de soledad y abandono en los años tardíos de la vida, contribuyendo al sentimiento de "Nido Vacío". Elsner también dice que este período puede ser especialmente difícil para las mujeres, y más aún para aquellas que se han dedicado casi exclusivamente a su rol maternal, desempeñándolo con tendencia a la sobreprotección.

El terapeuta familiar Salvador Minuchin(3) dice que la expresión "Nido Vacío", se suele asociar con la depresión que una madre experimenta cuando se queda sin ocupación. Para él, lo que de hecho ocurre es que el subsistema de los cónyuges vuelve a ser el Holon Familiar esencial para ambos, aunque si nacen nietos, se tendrán que elaborar estas nuevas relaciones.

Este sentimiento de nido vacío en el hombre es equivalente al que dejó la partida de los hijos en la mujer, que se dedicó casi exclusivamente a éstos en otras etapas de la vida. Muchos adultos mayores se sienten desplazados o no tomados en cuenta por determinados centros sociales, lo que contribuye a un sentimiento de estar vacío.

2. Pérdida, separación y muerte

Si bien es cierto que muchos autores asocian esta última etapa de la vida con la pérdida y la muerte, es Lily Pincus(4) quien a mi juicio pone más énfasis en este sentimiento.

La pérdida es el evento situacional y vital inaceptable, que implica separaciones o renunciaciones; cosas anheladas y no logradas; ideales esfumados que forman parte de nuestras vidas por el solo hecho de vivir, y que alteran nuestra conducta y expectativas, y las definiciones de nosotros mismos en el mundo.

El sentimiento de pérdida, que muchas veces contacta al anciano con su realidad, conlleva necesariamente a un trabajo de elaboración del duelo. Ésta es la reacción a la pérdida de un ser amado, o de una abstrac-

ción equivalente. Es el proceso por el cual elaboramos las pérdidas de nuestras vidas. No es un estado patológico. Su objetivo es la aceptación y transformación de quien lo experimenta. Se presenta como una secuencia de fases y estados frente a la pérdida del objeto amado.

Para Lily Pincus, a lo largo del ciclo vital, el crecimiento involucra pérdidas. En el curso de la vida, en cada fase de cambio, alguna posición familiar o algún rol familiar tiene que ser abandonado para dar paso al siguiente. Las pérdidas y la muerte, aun la finalidad de la muerte, puede significar una renovación para aquellos que han hecho trabajo de duelo. Seligman(5) dice que aquel que tiene la capacidad de sobrellevar las culpas y el dolor, emerge de la oscuridad hacia la aurora y se convierte en el sobreviviente, mensajero de la vida y la esperanza. La autora Elizabeth Kubler-Ross(6) dice que al completar el duelo por la persona perdida, el sobreviviente le dará la bienvenida a una fase nueva en su vida, como un desafío fresco del crecimiento psíquico, a pesar del dolor de la pérdida. Incluso la muerte puede entonces ser "el estado final del crecimiento".

Con respecto a la muerte, Elizabeth Kubler-Ross es mucho más optimista. Ella dice que el morir significa que ya sabemos lo que vinimos a aprender, y hemos enseñado lo que vinimos a enseñar: entonces podemos graduarnos.(7)

Judith Viorst,(8) quien ha dedicado muchos años al estudio de las pérdidas, nos dice que cuando pensamos en las pérdidas, pensamos en la pérdida por muerte de nuestros seres queridos. Sin embargo, a lo largo de nuestras vidas, las pérdidas constituyen un fenómeno mucho más amplio. Perdemos, no sólo a través de la muerte, sino también abandonando o siendo abandonado, cambiando, soltando amarras y siguiendo adelante. Y nuestras pérdidas no incluyen sólo nuestras separaciones y nuestros adioses a los seres queridos, sino también las pérdidas conscientes o inconscientes de nuestros sueños románticos, nuestras esperanzas irrealizables, nuestras ilusiones de libertad, de poder y de seguridad, así como la pérdida de nuestra juventud, de aquella individualidad que se creía para siempre ajena a las arrugas, invulnerable e inmortal.

3. El sentido de finitud

La autora Paulina Elsner V. y cols., introducen el tema de la Finitud. Ella dice que parte de la sabiduría es también aceptar su propia finitud. La muerte de los amigos y parientes y las propias enfermedades lo han hecho familiarizarse con la propia muerte. Poco a poco el anciano puede aproximarse al término de la vida con un sentido de integridad y de continuidad que se prolonga en los propios hijos y nietos.

El sentido de finitud, paulatinamente, se acerca al anciano en esta fase de la vida. A través del ciclo de vida personal y familiar, ha sufrido muchas pérdidas y es en esta etapa cuando se puede dar cuenta, cabalmente, que el sufrimiento tiene un sentido y que una pérdida significa, a su vez, una ganancia y renovación que induce a pasar a un estado superior. En este sentido, el anciano puede otorgar a la muerte, no un sentido de dolor, sino uno de resurrección y plenitud. Si siente que ha completado su tarea, percibe que ya puede cerrar el ciclo de su vida. Por ello, tal vez es usual que la proximidad de la muerte y por ende el Sentido de Finitud lleve al viejo a sus inicios: a su niñez más temprana y a su madre. Algunos ancianos, al parecer presintiendo que ha llegado el momento de su muerte y final, llegan a verbalizar un análisis del sentido de los sucesos de toda su vida. No temen a la muerte como los jóvenes, si creen que han terminado con sus proyectos.

Para aceptar la finitud como parte de la vida, es fundamental partir de la premisa de que nacemos destinados a morir, por lo que el miedo a la muerte es un miedo básico, probablemente el más profundo de todos, pero debe ser enfrentado y elaborado.

El miedo a la muerte está relacionado, en esencia, con el temor a la destrucción física, a la desaparición como cuerpo, y es esto lo que se comienza a advertir con la declinación de las funciones biológicas en la ancianidad. Por eso, si bien el miedo a la muerte no pertenece específicamente a la vejez, es durante esta etapa de la vida cuando se hace más difícil negar el inevitable destino de finitud.

Se considera que una personalidad "sana" se va desarrollando con un rechazo del te-

mor a la muerte. Esto es una operación, a la vez consciente e inconsciente, para la protección de sí mismo, en la cual se disocia la experiencia vital de su par dialéctico, La Muerte.

La angustia es el resultado del fracaso del funcionamiento de estas defensas que, ante el temor a la muerte, están determinadas por las coordenadas culturales. Si las defensas fallan o se debilitan o fracasan, el ser humano es presa de la angustia y puede aparecer la enfermedad mental. Durante la vejez es un peligro permanente, ya que la decadencia física y los problemas emocionales de adaptación a la nueva etapa, es un proceso arduo y delicado.

La proximidad de la muerte en la vejez, es anunciada por los cambios orgánicos y de decadencia física que acompaña esa etapa de la vida. Existen dos mecanismos de defensa ante el temor a la finitud: el acercamiento religioso y la aspiración a la continuidad. Sin embargo, el hombre anciano ya no puede negar, por más tiempo, que la muerte es su destino.

Mediante el desarrollo individual, la experiencia y la concepción de la muerte se van modificando. Así, el deseo de morir puede aumentar y ser reconocido abiertamente por el anciano, y muchas veces se expresa a través del desaliento, de sentimientos de inutilidad y de paralización ante la vida.

4. La desesperación y la inutilidad

Sonya Rhodes(9) asocia a esta etapa de la vida con otras dos características: la Desesperación, en la primera de las dos fases posparentales y la Inutilidad, en la segunda.

Dice Rhodes que en la penúltima etapa del Ciclo Vital Familiar, el "Nido Vacío" puede ser corroído por la Desesperación. Así, la tarea de redescubrimiento se extiende al ámbito intergeneracional, exigiendo que los padres e hijos vuelvan a invertir en sus relaciones y las puedan renegociar. En este sentido, el redescubrimiento se refiere a la tarea conyugal de renegociar una relación despojada del rol de padres, y al establecimiento de una relación entre padres e hijos que sea capaz de soportar las modificaciones producidas por sus respectivos cambios de estatus.

Para la familia, y en especial para el anciano, la tarea de redescubrimiento es un medio importante para evitar la Desesperación. Entonces, la familia que se ha reestabilizado por medio del proceso de redescubrimiento, no se siente amputada por la separación de los hijos; las nuevas formas de unión entre padres e hijos; la inclusión de nueras, yernos y nietos, contribuyen a crear un sentimiento de continuidad y plenitud.

En la segunda etapa posparental y la última en el Ciclo de Vida Familiar, la autora identifica el sentimiento de Inutilidad. Dice Rhodes que en esta etapa se experimentan sentimientos de desamparo y resentimiento. Para Stanley Cath, citado por Rhodes, se ha demostrado la interdependencia del deterioro físico y emocional en las personas de edad y cómo el ambiente social puede reforzar o destruir su autoestima. Para este autor es posible compensar la disminución de energías de los ancianos, fomentando una percepción valiosa de sí mismos.

5. La incapacidad como síntoma

Desde el paradigma de la terapia familiar, Jay Haley nos ilustra cómo la incapacidad de uno de los cónyuges ancianos, puede estar cumpliendo una función bien específica.

Para Willi, citado por Clemencia Sarquis Y.,(10) la vejez se haya tradicionalmente asociada a la jubilación del marido y al retiro de la vida activa. Van muriendo los antiguos amigos y el mundo con el cual se estaba familiarizado va cambiando. En estos momentos, la pareja suele unirse con mayor fuerza, dependiendo en mayor medida el uno del otro. En este período, la mujer presenta mayor ventaja con relación a su marido, puesto que éste se incorpora al "reino de la mujer": el hogar.

Siguiendo a Jay Haley, el pasar tanto tiempo juntos puede traer consigo dificultades relacionadas con las exigencias de adaptación que se requieren. Así, es muy frecuente en esta fase, que uno de los miembros de la pareja desarrolle un síntoma incapacitante que cumpla una función en el contexto de la relación. La función podría ser precisamente llamar la atención del cónyuge y/o de los hijos. Por tanto, el síntoma habla, comunica; expresa un sentido comunicativo del

contexto de la comunicación y de relación en el que aparece, de sus características y de sus reglas.

En este contexto, Luigi Onnis(11) dice que si se trata de un síntoma psicossomático, éste se hace decodificable y comprensible en su manifestación y en su estabilización, si se tiene la posibilidad de observarlo en el contexto en que aparece. Para este autor, esto significa también, investigar y reconocer un "lenguaje del cuerpo", como en la tradición psicoanalítica, pero significa sobre todo constatar que dentro de un contexto relacional observable el síntoma psicossomático adquiere las características de una comunicación coherente con las modalidades y las reglas de la red comunicacional en la que aparece y tiende a perpetuarse.

6. La integridad del yo

La edad avanzada conduce, muchas veces, al logro de una "sabiduría" y de una comprensión de lo que es la vida. Dice Paulina Elsner V. y cols., que este atributo especial de los viejos es reconocido en las sociedades primitivas y en las culturas orientales, donde el anciano (físicamente impedido o no) es respetado y frecuentemente consultado por los más jóvenes.

Para Erik Erikson, es propio del anciano el logro de la "integridad del yo", en que el individuo acepta los triunfos y los sucesos de su vida, de tal forma que le parece que su vida tiene sentido en el mundo particular en que vivió. Entonces, es capaz de hacer la unificación de toda su vida, y además, en virtud de un amor trascendente, que va más allá de sí mismo, es capaz de otorgar orden y sentido al mundo.

La sabiduría de esta etapa incluye, por una parte, la capacidad de aceptar las limitaciones y pérdidas corporales, económicas o afectivas; ajustar la vida a estas limitaciones y aprender a depender de otros. Además, también significa apertura; estar alerta frente al mundo, dispuesto a iniciar nuevas actividades, nuevas amistades y relaciones afectivas; significa aprender a relacionarse de otra manera con las personas significativas, con los hijos y con los nietos, siendo además un buen compañero para su cónyuge. Es aceptar lo que no se es y abrirse a lo que puede ser.

Dice Elsner que para el anciano el ser persona se relaciona con experiencias de vida significativas que el sujeto interpreta y a las cuales da un sentido. Es así como en la vejez, que es el período de mayor deterioro físico, se da la paradoja de que la persona puede llegar a ser más persona, con un sentido de trascendencia, de comprensión de la vida, de armonía interior y de apertura a lo que ha de venir.

7. La abuelidad

El término abuelidad fue acuñado por Paulina Redler,(12) quien describe los procesos que se actualizan con el hecho de ser abuelos. Este neologismo es acuñado por esta autora para abordar los procesos psíquicos que se viven al ser abuelo y, a su vez, para describir esta fase del desarrollo.

Según Paulina Elsner V. el anciano busca compensaciones a las pérdidas en una serie de actividades y relaciones que le posibilitan satisfacciones sustitutivas. Dentro de los nuevos intereses posibles se encuentra la relación de abuelidad. Ésta, en parte, puede reemplazar y sanar de las pérdidas y carencias sufridas. La abuelidad es una relación, no sólo del abuelo con los nietos, sino también del abuelo consigo mismo y con todos los demás miembros del grupo familiar y social.

Para Elsner, frente al nieto se produce la ambivalencia de sentir que éste le hace patente su vejez y finitud. La elaboración de esta crisis permite al abuelo ubicarse en su "identidad de abuelo". La presencia, en el nieto, de rasgos semejantes a sí mismo, al propio hijo, a las imágenes parentales de la propia infancia, aumentan su eficacia salvadora. Su "yo" se perpetúa en la descendencia de su descendencia.

Pero la paradoja continúa, porque el nieto y el hijo, ahora padre, le devuelven al abuelo imágenes de su envejecimiento al resaltar las diferencias entre él y su descendencia. Pero, al mismo tiempo, como son personas privilegiadas, pueden sentir que no las puede rechazar o atacar; si quiere preservarse, debe cuidarlas, satisfacerlas y amarlas, no sólo por bondad, sino para no destruirse a sí mismo.

Para Paulina Elsner, la tarea de ser abuelo significa transformar en paradoja fecunda las dificultades, es decir, transformar el dolor en crecimiento.

8. Los años dorados

Envejecer es paradójico. Si bien es cierto que el anciano está debilitado, a la vez puede haber logrado fortaleza interior y sabiduría ante la vida que le hacen evaluar esta fase como los años dorados.

Evaluar la fase terminal de la familia como los años dorados equivale a tener la sensación de que este es un período de calma y aprovechamiento, de tranquilidad biológica y psicosocial. Por lo demás, como ya he dicho, la tarea individual propia de esta etapa de la vida es la integridad, con la cual se cierra un ciclo personal.

Hay una evaluación de los logros al ver la familia construida, la relación de pareja y las realizaciones personales. Esta fase representa la culminación de un proyecto de vida, que en el mejor de los casos lleva a experimentar la sensación de que pese a todo, fue hermoso haber vivido.

El uso del tiempo libre es considerado como una alternativa de crecimiento personal y de contribuir al bien común. Por lo mismo, hay una mayor dedicación a actividades familiares, sociales y comunitarias.

La mayoría de los adultos mayores viven como miembros de una familia o cerca de éstos, tienen un estado de salud que les permite cuidarse a sí mismos, y algunos tienen recursos económicos que les permiten un nivel adecuado de subsistencia.

La renovada relación de pareja puede revelar la fuerza del matrimonio y atraerles una cercanía mayor, pero también puede recalcar aquellas necesidades de la pareja que eran menos aparentes mientras los hijos estaban en la casa. La relación marital debe también ser reelaborada al no implicar ya responsabilidades parentales y al disminuir la intensidad o la frecuencia del interés por la relación sexual.

Es la época en que los padres pueden verse y sentirse en sus mejores tiempos. La partida de los hijos, ver que éstos forman sus propias familias y la llegada de los nietos, les revitalizan y rejuvenecen. El ser abuelos es una gratificación emocional importante para muchos y el cariño de los hijos y nietos es la regla más que la excepción.

Las expectativas, cada vez mayores, de una vida larga pueden significar aún varias déca-

das de vida de casados, y les da nuevas dimensiones a los matrimonios posmaternales.

Comentario final

Se han descrito las principales tareas y crisis que tipifican la última etapa de la Vida Familiar. Se parte del supuesto de que mientras transcurre el Ciclo de Vida Familiar, las fases y crisis transicionales son inevitables, con entradas y salidas de la familia. Además, se estima que el Ciclo de Vida Individual encaja como una rueda dentada en el Ciclo de Vida Familiar, por lo que es prácticamente imposible separar ambos procesos evolutivos.

En este sentido, se trata de desarrollar la hipótesis, prácticamente generalizada entre los terapeutas familiares, según la cual es previsible que la disfunción surja en los puntos de transición del Ciclo de Vida Familiar. De esta manera, la última etapa de la Vida Familiar no está exenta de ello. Sin embargo, las disfunciones familiares probables están también condicionadas por los procesos del Desarrollo Individual.

El modelo descrito busca mostrar el modo cómo se entiende la Fase Terminal de la Familia en el contexto evolutivo del crecimiento y desarrollo de la misma. Además, se parte del supuesto de que cada miembro de la familia sigue cambiando y creciendo emocionalmente, aun cuando el crecimiento físico se halla completado. Cada etapa de la vida, de los componentes de la familia, contiene conflictos entre las urgencias que provienen de los deseos internos, de las añoranzas y la presión opositora a conformar las necesidades del mundo externo de personas y cosas.

En este sentido, la fase terminal de la familia en el Modelo de los Ciclos Vitales, ofrece al igual que otras etapas diversas instancias de resolución de temas y crisis específicas.

Las historias personales de los adultos mayores son muy variadas. Dependiendo de las experiencias de vida, la salud, los recursos, el apoyo familiar, la educación, la orientación cultural y religiosa de la persona, la última etapa de la vida será percibida y vivida en forma diferente por cada persona. En este sentido, el propósito de proponer

tareas de desarrollo que reflejen temas similares para todos los adultos mayores, corre el riesgo de olvidar la experiencia subjetiva de cada persona.

Pese a lo riesgoso de este cometido, las tareas revisadas en esta comunicación reflejan los temas más importantes que probablemente se enfrentan en los últimos años de la vida. Dichos temas sugieren muchas barreras y desafíos a la adaptación, así como también nuevas oportunidades de crecimiento y sabiduría.

Dice Erik Erikson que las tareas de los adultos mayores requieren un equilibrio entre la inversión en el pasado, el presente

y el futuro. Está la expectativa de que la energía será gastada en el proceso evaluativo de revisar y aceptar los logros pasados. Sin embargo, este foco sobre el pasado será equilibrado con la ejecución de nuevos roles y la resolución de nuevos problemas. Además, el desafío de evaluar el significado de la propia vida es especialmente vital para centrarse en la propia muerte.

Se espera, por medio de esta comunicación, haber transmitido un sentido del potencial continuo de crecimiento que también informa esta etapa final de la familia. La Fase Terminal de la Familia, no sólo es el "Nido Vacío", sino también una fase de sabiduría e integridad.

Bibliografía

- (1) ELSNER V. Paulina y cols: *La Familia: una aventura*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 1988.
- (2) FLORENZANO, Ramón: *Familia y salud de los jóvenes*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 1994.
- (3) MINUCHIN, Salvador y FISHMAN, H. Ch.: *Técnicas de Terapia Familiar*. Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1985.
- (4) PINCUS, Lily y DARE, Christopher: *Secretos en la Familia: Terapia Familiar*. Editorial Cuatro Vientos Santiago, Chile, 1982.
- (5) SELIGMAN, E.: *On Death and Survival*. The Analytical Psychology Club 1976.
- (6) KUBLER-ROSS, Elizabeth: *Undeath and dynng*. Mac Millan Publishing Co. Inc. Nueva York, 1970.
- (7) ELIA, Valerie: "La Muerte, una graduación". Revista *Uno Mismo*, N° 48 Santiago, Chile, 1993.
- (8) VIORST, Judith: *El precio de la vida: las pérdidas necesarias para vivir y crecer*. Emecé Editores, Buenos Aires, Argentina, 1990.
- (9) RHODES, Sonya: "Un enfoque de desarrollo del Ciclo de Vida Familiar". Revista *Trabajo Social*, Escuela de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile, N° 39, 1983.
- (10) SARQUIS Y., Clemencia: *Introducción al estudio de la pareja humana*. Ediciones Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile, 1993.
- (11) ONMIS, Luigi: *Terapia Familiar de los trastornos psicosomáticos*. Editorial Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1990.
- (12) REDLER, Paulina: "Abuelidad". *Acta Psiquiátrica. Psicología América Latina*, 29, 53, 66.

Resumen

La comprensión del adulto mayor obliga al profesional a situarse en modelos explicativos que, aparte del modelo médico, permitan interpretar la situación desde una perspectiva psicosocial. Una manera muy productiva de lograr este acercamiento, es hacerlo a través de la conceptualización aportada por el modelo de los Ciclos Vitales y principalmente el de la Familia.

En este sentido, la necesidad de un marco conceptual psicosocial para el estudio de esta fase de la vida, se constituye en una motivación importante para el presente trabajo. Por otro lado, convergen en su elaboración la experiencia de diez años del autor como asistente social en una Casa de Reposo para ancianos, y además, su experiencia como candidato a Magister en la Universidad de Concepción, Chile, que se complementa con su formación en Psicoterapia Gestáltica.

Partiendo del supuesto de que es casi imposible establecer una separación arbitraria entre los procesos y tareas de desarrollo individual y los modelos y tareas del desarrollo familiar, la propuesta tratará de conciliar elementos del desarrollo individual en la tradición de Erik Erikson con la conceptualización del Modelo del Ciclo Vital Familiar.